

El éxtasis o la aniquilación

Tres redacciones sucesivas del corto texto titulado "Barbazul" no sirvieron a su autor, el poeta austriaco Georg Trakl, para atenuar el horror coagulado que cede a los protagonistas de la historia. La redacción tenía lugar en los momentos más tenebrosos de su irregular vida. Termina sus estudios en Viena con el grado de **magister pharmaciae** y, desde el otoño de 1910 al 1911, cumple como alferez su servicio voluntario de un año. Tiene él entonces 24 años. Es en ese otoño de 1911 cuando es destinado a la farmacia de un hospital militar. Servir a los clientes se convierte para él en una tortura que progresa con los días. Ya no soporta ser apostrofado por desconocidos, tiene miedo de aquellas presencias humanas, sufre físicamente por ello hasta el punto de verse bañado por un sudor de angustia cuando hay demasiada gente en la oficina. De estos meses data el "Barbazul", un atroz divertimento "para marionetas" que gotea sangre y horror. Iba ya Georg Trakl, perdidos los remos, en esa "canoa ebria" que no es otra que la transposición del "bateau ivre" rimbaudiano. Rimbaud entra en su conocimiento a través del aya venida de París, puesta por su familia burguesa para que en Salzbourg no faltara el toque francófilo vienés en su educación. Es el momento de las primeras dosis de cocaína en la "Farmacia del Angel", desechado ya el deslumbramiento inicial por los efectos del cloroformo; de la crisis de conciencia por el incesto con su hermana Gretl, la época en que la canoa de su demencia precoz bajaba los rápidos tumultuosos de la primera preguerra.

Pues este "Barbazul" está escrito por un poeta demente y absoluto de 24 años, que se suicidará a los 27, al no poder con su culpabilidad, alcanzado por los horrores de la guerra. Está claro que Herbert, el joven sirviente, enamorado por un sistema rígido de orfandad de las esposas-víctimas de Barbazul, actúa como transposición del propio Trakl. Herbert ve la imposibilidad de acercarse a su última hermana-víctima y revela una patología de adorador febril, tomando su pasión humana esas invocaciones religiosas a despropósito. Un doble sacrilegio se repite en todo el texto: los personajes recurren aparentemente a una causa suprema como juez y mediador (Herbert, el Viejo) o justificador (Barbazul) de la barbarie escénica. Paralelamente desarrollan un símil místico que sublima su pasionalidad. Herbert es en este sentido el más trakleano, el más intenso personaje: fiebre, premonición, culpa, suicidio. Su diálogo con el Viejo en la escena primera continúa la expresión alucinada del Trakl poeta. Y, ante el edipismo fascinante del pobre Herbert, nada tan funcional como esa especie de Tiresias, el augur devoto de su señor, viejo cegado, no por servilismo, sino por el fognazo que recibe para ser un ejecutivo del

destino. El niño viejo, neutralizado ante el tótem, cuya locura es evidente para Barbazul. Hermosos personajes primarios —en estricto expresionismo— son Herbert y el Viejo, que no secundarios en la acción sino todo lo contrario. Todas las imágenes e invocaciones que Trakl toma prestadas del catolicismo hay que pensarlas como una subversión nietzscheana de los arquetipos cristianos, si no como simple parodia.

Desaparecen. Entran Barbazul y su pálida esposa. Barbazul es el tótem de la impotencia feroz. Elisabeth la medium que va a perderse por un éxtasis irresponsable. Barbazul, como Don Juan, busca en el deseo el fin de los individuos, en el placer el medio de abolir una y otra persona:

¡hasta sólo hacer uno de dos!
¡Y este uno es la muerte!

La muerte: Barbazul no tiene otro himno que dedicar a la vida. Y Elisabeth deja la suya entre los brazos de ese vampiro, pero a él es Dios quien lo siega. Mas no es expiación de su crimen. Dios no castiga, Dios no interviene. Se calla, es su definición. Barbazul en cambio es todo un poeta: destruye lo que ama. Se ama por la destrucción de sus esposas. Por algo Antonin Artaud contaba con ponerlo en escena en su programa del Teatro de la Crueldad. Barbazul, con su mirada ruín llega incluso a cantar la tonada del juguete roto. Traslada a Elisabeth el latido del bosque, el grito de las aves, la luz salvaje de la luna al vino de la desposada, el ansia sivaica de gravedad. En sus manos Elisabeth es el cáliz abierto donde beberá la sangre-vino del astro lunar. Espléndida la muerte imaginada, homicida y suicida, que dispensa Barbazul en la ebriedad del sexo y de la aniquilación.

La naturaleza es equívoca. La poética de Trakl no se funda ya, como hacía la de Hoelderlin, en una ontología, sino en una suerte de desontología. Es la de un hombre que ha perdido el ser, cuyo rostro está deshecho, *verwest*, descompuesto.

Así pues: Elisabeth, pan ácimo.

Oct. '75

ANGEL SÁNCHEZ